

Julio Heise González

EL LIBERALISMO Y LAS TENDENCIAS POLITICAS DE LA POST - GUERRA



PARA nadie es una novedad el hecho de que en nuestra época han surgido, se han impuesto y están triunfando principios políticos que significan el fin, la destrucción del liberalismo. Cada época histórica posee ciertas corrientes, ciertas ideas políticas propias, que influyen y determinan en forma decisiva toda la vida social de los pueblos. Estas tendencias políticas se manifiestan generalmente en forma inconsciente. Las reconocemos en los actos, en las relaciones de los hombres. Sintetizan los fines y las aspiraciones de la voluntad humana. Muy a menudo aparecen como ideales y normas conscientes; pero por regla general permanecen del todo en la subconciencia, como que descansan sobre impulsos y deseos, sobre pasiones e instintos de naturaleza diversa, que determinan el carácter de las relaciones humanas.

Pueden existir en una época tendencias e ideas muy características que, sin embargo, no logran realizarse. Por ejemplo, en nuestros días, el ideal pacifista.

Después de la Gran Guerra — aunque no como una consecuencia directa y exclusiva de ella, pero sí acelerados, o, más bien dicho, precipitados por ella — se han producido en el mundo civilizado cambios políticos y sociales importantísimos que han trastornado

en forma radical, y desde su base, la estructura de los Estados.

En general estos cambios se manifiestan por una creciente democratización, por una creciente actividad estatal y por el violento despertar del nacionalismo en todas partes: tres tendencias políticas que, en último término, significan la ruina, el fin del liberalismo. El empuje y la fuerza de estos principios descansa en el hecho de estar determinados por exigencias concretas de la realidad social de la cual forman parte. De ahí el gran desarrollo que han alcanzado.

DEMOCRACIA Y LIBERALISMO.

La democratización creciente de la mayoría de los estados es un fenómeno político que se hace notar desde fines del siglo pasado. El parlamentarismo es una etapa de este proceso.

Después de la guerra europea la democratización de los estados se acelera en forma visible. Fuerzas antiguamente pospuestas adquieren en nuestros días vida política y han sido llevadas al gobierno. Nuevas y más extensas capas sociales han llegado al poder. El círculo de las personas que en forma directa participan del gobierno, se ha agrandado considerablemente en todas partes.

Este hecho produce consecuencias de la mayor importancia. Desde luego se opera un desplazamiento del poder. Este deja de estar en manos de esa capa superior, de esa minoría — basada en la propiedad y en la ilustración — a la cual el liberalismo entregaba el poder.

En nuestros días han llegado al poder nuevas capas sociales, extendiéndose así el círculo de las personas que, en alguna forma, participan del gobierno.

Interesante es, en este sentido, el movimiento agrario que, con caracteres más o menos acentuados, se está operando en todo el mundo. Este problema que, por su analogía, nos recuerda el proyecto agrario patrocinado en la antigua Roma por los hermanos Cayo

y Tiberio Graco, está íntimamente relacionado con la despoblación de los campos y la formación de las grandes ciudades. La solución de este problema en los países de la Europa oriental, sobre todo en Polonia, Rumania, Prusia, Checoslovaquia, Estados del Báltico y Bulgaria, ha traído consigo cambios políticos y sociales profundos en esos países; cambios que se traducen en una democracia más acentuada.

Se estima por los autores que han estudiado esta cuestión, que la solución de ella significa para los estados de la Europa oriental, la desaparición del antiguo feudalismo, una nueva liberación de siervos. El problema de la colonización ha sido resuelto por un sistema de expropiación forzada de los grandes latifundios (1), que, divididos en parcelas, han sido entregados a pequeños colonos.

Igual alcance tiene desde el punto de vista de la democratización el desplazamiento de los partidos políticos en Inglaterra. El alejamiento del partido liberal y la participación en el gobierno del partido laborista significan el reconocimiento político de un cambio social importante hacia una democracia más poderosa, más fuerte.

Esta nueva democracia, que se apoya en grandes masas populares, plantea al Estado otros problemas muy distintos de aquellos que le presentaba la democracia del liberalismo, con su clase superior gobernante, basada, como hemos dicho, en la propiedad y en la ilustración. Ya no son las ideas del liberalismo las que se imponen. El fin del *laissez-faire*, preconizado por Keynes (2), es ya un hecho.

En Inglaterra, en Alemania, en Francia, en Estados Unidos, en el Japón, observamos una creciente participación de capas sociales más extensas en el gobierno y en general en la administración de los Estados. En

(1) Recordaremos aquí un proyecto de ley elaborado recientemente por el Ministerio de Hacienda, que resuelve el problema de la colonización en nuestro país, según el modelo europeo, esto es, por medio de expropiaciones de los fundos de la zona central.

(2) J. M. KEYNES, «Das Ende des Laissez-faire», München, 1926.

Alemania la Constitución republicana de Weimar, en su artículo 165, crea un Consejo Consultivo de carácter gremial, que podría considerarse como una tercera rama del poder legislativo. Está encargado este consejo de estudiar y proponer al Parlamento todas las medidas y leyes de carácter social o gremial que se estimen necesarias. De esta manera logran también los gremios participar directamente en el gobierno de la nación.

La idea de la democracia triunfa así en todas partes como una consecuencia de la nueva estructura social de los Estados, creada por la gran Guerra. Esta democracia, como lo veremos más adelante, es necesariamente nacionalista y autoritaria, rasgos que la distinguen de la democracia del liberalismo, que ofrece un carácter marcadamente internacional.

LA CRECIENTE ACTIVIDAD ESTATAL Y EL LIBERALISMO

En la conciencia del mundo civilizado se han operado — junto con los cambios políticos y sociales que trajo consigo la Gran Guerra — grandes mutaciones en el criterio con que se apreciaban hasta entonces las funciones del Estado. Antes de la Gran Guerra era la ideología del Liberalismo la que determinaba esas funciones. En nuestros días el Liberalismo ha resultado impotente para resolver muchos problemas sociológicos y sobre todo económicos, que afectaban la vida misma de los Estados.

El liberalismo favorece la inercia del Estado. Para la escuela liberal el Estado es un organismo pasivo; sus funciones se reducen a no estorbar la libre acción individual. Gobernar es no estorbar. El gobernante debe solo guiar, dirigir, presidir.

El criterio político dominante en nuestros días es en este sentido completamente opuesto. Si a principios de nuestro siglo la acción del Estado era todavía discutida y ardientemente atacada por el liberalismo, después de la Gran Guerra ha quedado establecida como un principio político indiscutible la necesidad de que el Estado organice los intereses particulares su-

peditándolos a los intereses superiores de la vida nacional.

La idea del Estado como el poder organizador de los intereses particulares se acentúa, se impone cada día con mayor violencia. Ya nadie discute si el Estado debe o no intervenir en la vida económica de las naciones, y según la filosofía jurídica moderna esta intervención no tiene ni debe tener limitaciones. El Estado resulta así efectivamente el soberano que disciplina y coordina todas las fuerzas sociales de la nación. La famosa ley de la creciente actividad estatal formulada por Adolfo Wagner parece alcanzar en nuestra época su verdadero valor.

Día a día es más directa y menos discutida la intervención del Estado en la defensa, fomento y armonización de los grandes intereses colectivos. Sobre todo en la Economía se manifiesta este estatismo en forma cada vez más intensa.

Este nuevo concepto del Estado, que hace de él un poder organizador de los intereses particulares, es una consecuencia de la gran guerra y ha sido impuesto por las múltiples y complejas exigencias de la vida económica moderna. En efecto, el prodigioso desarrollo de la técnica — perfeccionada extraordinariamente después de la guerra — ha hecho de la cuestión económica el problema político fundamental de nuestros días. El viejo problema de la libertad aparece así, con respecto a la cuestión económica, relegado en el fondo y sólo tiene ahora una importancia secundaria, cuando no se le niega importancia.

Como se ve, el criterio político ha cambiado en nuestros días radicalmente. El estatismo que cada día se acentúa más, es la negación del *laissez-faire* y de toda la ideología del liberalismo. En general, podemos decir que el Estado ha ampliado sus funciones en dos sentidos: hacia el lado económico y hacia el lado político-social. En el terreno económico el Estado ha visto ampliadas sus funciones por el problema de la vivienda, de los salarios, de la valorización de la moneda, de los productos, del crédito, etc., etc.

El pensamiento de abastecerse a sí mismos se ha desarrollado en todos los países, dando origen a un gran desarrollo industrial, particularmente en los países jóvenes. No es la primera vez que una guerra produce un resurgimiento industrial. A las guerras napoleónicas debe no sólo el continente europeo, sino también el americano, sus industrias textiles. La nueva industrialización del mundo se efectúa en gran parte por la acción directa del Estado, que se traduce en un sistema de subvenciones a las industrias primas, a las Compañías de Navegación, a los astilleros, a las minas de carbón, etc., etc.

En todas partes el Estado acude en ayuda de la agricultura, de la minería y de las industrias, organizando y proporcionando el crédito agrícola, minero e industrial, que los gobiernos liberales dejaban entregados al libre juego de la oferta y de la demanda. Aún en los círculos liberales de Inglaterra se abre camino el pensamiento de nacionalizar las minas. La aplicación de la electricidad a las industrias presenta al estado moderno una serie de problemas interesantísimos. En todos los países se nota la tendencia a nacionalizar las fuentes de energía eléctrica.

Pero el estatismo va más lejos. En muchos países la valorización misma de los productos es objeto de medidas gubernativas; como ha sucedido en Europa y en algunos países americanos con el café y con el caucho. Con esto caen por tierra los principios económicos fundamentales de la escuela liberal.

También es interesante la actividad inspeccional, cada día más intensa, que ejerce el Estado sobre los ferrocarriles particulares, sobre los trusts, etc. Todo esto no es sino negación de la libertad.

Pero es en el abolicionismo donde mejor podemos observar esta invasión del estatismo en los dominios de la libertad. Aquí la acción del Estado se deja sentir con verdadera violencia.

Este sistema de ayuda directa del Estado por medio de subvenciones y del crédito, no es sino un proteccionismo nacionalista; muy semejante al mercantilismo.

El proteccionismo nacionalista de nuestros días es impulsado por fuertes intereses de la nación entera, rasgo que lo distingue del mercantilismo patrocinado y dirigido por un poder absolutista. El proteccionismo de hoy acude también a las tarifas aduaneras para proteger las industrias.

No en menor grado se han ampliado las funciones del Estado desde el punto de vista social, por el problema de la cesantía, de la despoblación de los campos; de los tribunales de trabajo, etc., etc.

NACIONALISMO Y LIBERALISMO.

La exaltación de la idea nacionalista, el despertar violento de este sentimiento en todas partes, es uno de los rasgos que más llaman la atención en nuestra época. El nacionalismo debemos considerarlo como una consecuencia directa de la gran guerra. Siempre que se produce un conflicto entre pueblos, surge esta tendencia política.

En nuestros días, el nacionalismo va estrechamente unido a la democratización creciente y al estatismo. En efecto, la creciente actividad estatal — que surge debido a la impotencia de los gobiernos liberales para resolver el problema económico, problema vital que casi siempre amenaza la existencia misma de los estados — es necesariamente nacionalista.

Esto no quiere decir que la acción del Estado se detenga en las fronteras del mismo. Pero en todo caso el estatismo cierra, individualiza un país de otro en forma más acentuada de lo que pudiera hacerlo el liberalismo. El liberalismo tiene un carácter marcadamente internacional.

En nuestros días el sentimiento nacionalista es un fenómeno universal, que ha alcanzado extraordinario desarrollo no sólo en los pueblos beligerantes, sino también en el resto del mundo, particularmente en los estados pequeños (1), en los estados que creó el Tra-

(1) En las grandes potencias este nacionalismo afecta la forma de imperialismo.

tado de Versailles y en las colonias. Especial interés ofrece este movimiento en el extremo oriente: en las colonias inglesas, en el Japón, en China, donde actualmente está haciendo crisis.

La organización política, las ideas religiosas, los intereses de clases resultan sin importancia frente a la tendencia nacionalista. Ningún país ha logrado sustraerse a este movimiento político, y a pesar de todas las ideologías internacionales, también las clases trabajadoras participan de él. El interés nacional se considera como interés preeminente sobre todo lo demás, de cualquier naturaleza que ello fuere, contribuyendo en su nombre a la conciliación de clases.

De esta manera la fuerza y el poder de esta tendencia política llegan a ser superiores al de cualquier otra fuerza espiritual, más poderosa aún que los intereses de clases a los cuales logra superar. Y es aquí precisamente donde está la importancia de este movimiento político, que ha sido capaz de borrar las oposiciones de clases, presentando al pueblo hacia el exterior como una unidad.

Este sentimiento nacionalista es el que da al gran problema de la unión soviética su aspecto crítico. Sabido es que en aquel país la política es enteramente nacionalista; en cambio su ideología es internacional. Interesante es también desde este punto de vista el problema de la Gran Bretaña. Nadie ignora que la política colonial inglesa ha abandonado la idea del centralismo. Irlanda, Canadá, Africa de Sur y Australia se han organizado políticamente bajo un régimen federal por razones nacionalistas.

Es la teoría del estatismo, es el nacionalismo que se impone tanto hacia el interior como hacia lo exterior, reforzando de esta manera la tendencia hacia la
unidad nacional.